

Pequeña antología de Antonio García Cerdán

A favor de los milagros

Yo debería hablaros de la nieve,
pero la nieve
solo es una palabra
que se deshiela en una página
y luego, si es auténtica,
se convierte en arroyo
y cae por los márgenes más blancos.

Si alguna vez dejara
de brillar a la altura de esa nieve,
si dejara de amaros,
matadme.

Si ya no fuera digno de mis ojos,
matadme.

Tengo un plan: muérdeme los labios.

No intentes explicarme qué es el frío:
tan solo muérdeme los labios.

Yo vine a hablaros de la nieve
y ahora enciendo hogueras con petróleo

en la tristeza de un glaciar.

Ahora debería

hablaros de la nieve, y no estoy.

(De *Químicamente puro*, Editorial Pre-Textos, 2022).

Cráteras

En la cratera griega he dejado mis labios.

En su profundidad de agua clara

he dejado mis labios:

hice mía mi vida, me la bebí.

Y luego derroché el licor

y derroché las aguas.

Luego dejé mis labios en la orilla.

En sus márgenes dije lo imposible

de decir: tanta fluidez,

tanta corriente

que nos arrastra y nos inunda,

y la lección innúmera del mar

y las piedras entre las

que brota, ceñida de sol, la vid.

En sus bordes probé la sangre
y aspiré
-hasta volverlos claridad
dentro de mí-
los agujeros negros.

Y de tanto decirlo
deshice el vacío, la inexistencia
que hay
entre una palabra y otra.

(De *Químicamente puro*, Editorial Pre-Textos, 2022).

A tus pies

A veces, tras la lluvia
quedan marcas verdosas y amarillas
de no se sabe qué
en el suelo del monte.

Si las miras con atención, comprendes:
el polen de los pinos,
su lenguaje de esporas.

No es importante -tal vez-,
pero lo digo:

las alas desteñidas de la encina y el chopo
son esta absurda confusión
de hilos del color del jaspe verde.

Al borde de los charcos,
entre piedras y tierra y grava,
las aguas dejan
estos mínimos surcos fluorescentes
como surcos del tiempo
que llega una y otra vez.

En su palabra deshilada,
los regueros dibujan los delirios de marzo,
la huella dactilar del cielo.

A tus pies está escrito
lo que quieren de ti los dioses.

(De *Químicamente puro*, Editorial Pre-Textos, 2022).

Retrato de Bajtín

Ardía Europa. Mijaíl Bajtín se fumaba
en un oscuro cuarto de Moscú
el único ejemplar de un estudio inmenso
sobre Goethe. Tranquilamente. Gruñían

en la calle los perros del desorden
y en sus manos se hacían humo, página
a página, los días, el lenguaje.
Del manojo de folios desprendía
un rectángulo blanco, lo llenaba
de picadura, lo giraba en sí
mismo hasta el cilindro, se lo llevaba
a los labios y lo encendía. Nadie
creía en su trabajo, en sus lingüísticas.
Le faltaba una pierna. Se la habían
amputado unos pocos años antes.
Cuando hubo que huir, cuando las purgas.
Años de azufre y de paredes negras,
de noche a cielo abierto cada noche.
Todo un desastre. Excepto Dostoievski.
Fumaba ante el acoso del invierno.
Fumaba ante los nazis. ¿Era escaso
el papel? Flotar, irse, deshacerse
–como fuera– de toda aquella horrible
carnicería múltiple de lo desconocido.
Y el invierno a las puertas. Y las llamas.

(De *Químicamente puro*, Editorial Pre-Textos, 2022).

B Minor

En aquel tiempo, Kurt enchufó la guitarra,
se inclinó hacia su izquierda, habló
con el lenguaje de los ángeles
y, de un zarpazo,
cambió el curso del río Wishkah.

Cayeron catedrales. El mundo fue vendido
como si no importara nada.

Nosotros aprendimos a no pedir perdón,
a no tenerle miedo al ruido,
a revolcarnos en el suelo eléctrico.
Y aprendimos a enloquecer con calma
y a amar a aquella chica rubia
que –como todo– aún estaba por llegar
y ya se había ido.

(De *Grunge-Poesía, 1997-2022*, 2022).

Dinamita

Nietzsche y Bon Scott lo proclaman: Soy
dinamita. No solo
lo dicen: son sus cuerpos la violencia
que viene del principio de los tiempos

arrasándolo todo.

También yo he sentido en esta carne
el ímpetu narcótico de las palabras que revientan
y te convierten en fragmentos
de una inmensa explosión
a la que sucede una inmensa calma.

Si alguna vez las ondas expansivas
del amor me abrazaron,
antes me hirieron los relámpagos
que hacen crujir la noche.

Sobre mis labios, una y otra vez,
se precipitan las montañas:
no hay forma de parar este derrumbe.

Si digo fuego, todo el mundo es fuego
y arde mi paz y mi ruptura arde.

Un río de demolición
hierve por donde paso: esa
es la estela que dejo a mis espaldas. Me siguen
los cielos con la rabia y con la fe
de un perro escuálido: lo hacen
para excederse, hasta romper los límites,
en mí.

A veces, cuando ya no queda nada,
si pronuncio tu nombre,
en esta boca hambrienta estalla el universo.

(De *Grunge-Poesía, 1997-2022, 2022*).

Ramones

Lo único que queda de aquella edad de oro,
de los años sin borde, cuando
vivir no era una pregunta
sino una respuesta
dada en la plenitud de la inconsciencia,
el deseo de ir
más lejos, más rápido a todo,
sin pensar demasiado, lo único
que queda
es esta camiseta negra de Ramones,
desgastada hasta el fondo,
de letras cuarteadas
como piel de unas manos
que hubieran
enterrado y vuelto a desenterrar
entre las piedras
la juventud,
con el cuello raído,
muy rota,
mi camiseta favorita, destruida
hasta caerse a trozos
como aquella canción que sonó en el vinilo

mil y una noches, mil
y una mañanas de septiembre,
hasta romper los surcos,
hasta saltar ardiendo por los aires.

Ahí está, latiendo
callada en el armario, su noticia
del tiempo. Apenas
se intuyen
las letras –ya lo he dicho–, pero aún
se puede leer,
si pones toda tu atención,
su magia:
Hey Ho Let's Go!

(De Grunge-Poesía, 1997-2022, 2022).

1995

En esta foto inesperada eres
el hermano pequeño de Bob Dylan,
el hijo de Joey Ramone.
Sostienes un cigarro entre los dedos.
Miras a la pantalla de un ordenador
donde estás escribiendo algo.
Sobre tus hombros
cae la tarde. Pareces Eddie

Vedder recién salido de la ducha.
No faltan la tabla de surf
ni la guitarra eléctrica a tu lado.
Eres Antonio Vega en el perfil
de un sueño. El sol
se va por los naranjos de la huerta
y tú, desconocido,
eres Jeff Buckley, Jim Morrison, Kurt
Cobain, Josele, todos a la vez.

Tal vez sea 1995.

Ajeno a la inmortalidad,
vistes de negro y fumas.
Este es tu retrato ecuestre:
cabalgando a lomos del humo,
en las volutas yéndote
al cielo.

Hoy también -tanto tiempo después- fumas,
miras a la pantalla
como pidiéndole una explicación.

Aún arde en tus labios
aquello.
Aspiralo hasta el fondo -como entonces-,
retén su oscura letanía.
Suéltalo todo al aire

y otra vez vuelve a sostener
en tus palabras
la radiante revolución del mundo.

Así brilla la luz de nadie
que llevas dentro.

(De *Grunge-Poesía, 1997-2022*, 2022).

La otra orilla

A lo lejos, se ve la otra orilla

–Los Enemigos–

Sin más abrigo que estos labios,
dormí sobre la arena inhóspita de Harar
y me perdí en la herida abierta de la noche
siglo tras siglo,
por el borde absoluto de la tierra,
sin detenerme a nada nunca.

Ni el polvo
ni la herrumbre pudieron detenerme.

En la luz de los pozos del desierto
contemplé el rostro
de alguien que a mí se parecía;
con él anduve un trecho

inmenso, hasta dejarlo atrás,
por estas soledades.

Ahora, en lo más hondo del estómago,
me hierve una certeza, un último
resplandor. Mientras vuelan
las águilas por los despeñaderos,
mientras las olas rompen
en otros precipicios,
la música que para mí escriben los buitres
estalla en la otra orilla.

Una luz cegadora hay más allá —lo sé—,
y yo, que soy un espejismo,
me entrego a su espejismo.

(De *Grunge-Poesía, 1997-2022*, 2022).

Arroyos

Bebes el agua clara de la fuente.
A su cauce te entregas,
con el río te vas,
con su limpia ambición
depurada en la roca. En su sigilo
y en su hondura viene hasta ti

la larga claridad del día.
Sonríes porque es tuya
y quieres que así sea para siempre.
Así, sin más misterio,
se extiende su locura irrefrenable
por dentro de tu cuerpo
y alcanza hasta tu noche última.

Miras al cielo ahora
y te desnudas a los altos
arroyos de ti mismo.

Por los cielos del cielo,
en forma de lamento, se descuelga
el agua.
Sabes que es tuya esta corriente entera,
esta avenida
transparente. En ti se mueve
y en ella te hundes y te anegas.

La eternidad no es otra cosa
que este momento dulce
de placer en que pierdes el sentido.

(De *Barbarie*, Ediciones Rialp, 2015).

En la piscina de Fuenteálamo

Esta mañana del verano
despierta
con un hondo trueno increíble
y con la lluvia, que se precipita
sobre las calles
barriéndolas,
tiñéndolas de cobalto. Es especial
el latido lluvioso
que por la cuesta abajo se va
hacia los campos y las afueras.
Los regueros del agua
arrastran la claridad en su fluir,
la reparten como reparte
el panadero el pan en los hogares,
la van dejando escrita
en las ramas sedientas del almendro,
en el verde infalible
de las moreras
y en los palés, apilados en desorden
contra las fachadas de algunas casas
en construcción. Refuerza
esta aparente
inestabilidad de todo
la música,
que suena por ahí,

mientras el sol se desvanece
por el cielo final de julio.

Sobre la seda brizada de la piscina
golpea el esplendor
de las nubes salvajes. Los bañistas,
que se resisten a salir del agua,
salpican en las páginas
del libro que he abierto.

Hoy no se evapora al instante, casi
antes de caer, esta lluvia:
se desliza poema abajo,
traza arroyos que buscan otros márgenes,
inunda las palabras y las moja
en su transición pura,
desaletargando el sentido,
esta furia latente,
la clarividencia pertinaz de los siglos.

Un año más, en estas hojas húmedas
cabe el verano entero y caben
estos niños terribles que lo habitan.

(De *Barbarie*, Ediciones Rialp, 2015).

Sobre el error

Me equivoco. Cometo errores.

Digo cosas inoportunas.

Con frecuencia excesiva deseo lo imposible.

No sé

cómo evitarlo.

A veces creo ciegamente en lo que no es.

A veces me deslizo

por la pista de patinaje

sin control. Soy

la posibilidad en su estado más puro.

Abundan en mí las carencias.

Si afirmo aquello

de lo que más seguro estoy, lo que hago

tal vez es dudar. Mi virtud

es un defecto.

Y me equivoco.

Sí, una y otra vez,

cometo

faltas y errores.

Son cosas que se pueden corregir

o hechos que no admiten reparación.

Cuando acaba el día, son míos:

en ellos

construyo mi refugio.

Como quiso Paul Valéry, errores

que sólo yo podría cometer.
Y, por supuesto, parte esencial
de mi inocencia,
lo que a mí me queda
cuando todos os habéis ido,
lo más propio y lo más sagrado
que soy.
Esto nos convierte -a mí y a ellos-
en trascendentes, íntimos engranajes
de lo fallido.

(De *Defensa de las excepciones*, 2018).

Los otros

Contra la horrible semejanza
de todo
oponemos el cuerpo,
donde aún pasan cosas increíbles.
Contra el orden que duele,
contra la abulia,
contra la corrección insoportable
oponemos el cuerpo, donde
aún
cabén la vida entera
y la íntima contradicción

que nos hace crecer a despecho de todo.

Contra todo, este mínimo artefacto de amor.

A la repetición sin alma,
sin límites
de tanta inmensa nada,
a lo masivo,
a su penosa inercia,
nuestro deseo de beber
las aguas
salvajes de los ríos.

Contra esta infame inclinación
a ser lo mismo una y otra vez
para la nada,
para lo mismo,
contra esta sangre inútil y conforme,
la sed, la fe.

Pertenezco a ese número de hombres
-no tan distintos en verdad,
sino tal vez con cierta tendencia a los milagros,
al lujo, al desencanto-
que han hecho del oficio
de libertad su distinción. Los que

huelen en el aire un peligro
y lo celebran.

Los que dicen que no,
que ellos no.

Los que miran con otros ojos
una misma ciudad. Los que
predican una forma oblicua de vivir.

Con qué lujuria
hemos roto las puertas.

Con qué amor hemos recibido
el golpe de los aires en la cara.

Procuramos nadar con elegancia
en el caos de la mediocridad
y hervir en la belleza de un momento único.

Nos enaltece el extrarradio.

No nos rendimos nunca.
Nos debatimos día y noche en la rareza.
Somos los otros.

(De *Defensa de las excepciones*, 2018).

Charles Simic

Me propongo –como Charles Simic–
escribir un poema
que hasta los perros puedan entender.

Sí, sobre todo ellos,
los perros.

(De *Defensa de las excepciones*, 2018).

The Banksy`s Girl (with the pierced Eardrum)

Yo seré quien aquella tarde vino a pedirte perdón. Y tú, grabada en la noche del spray sobre el ladrillo crema de los callejones, en un final de hangares de Spike Island, serás eterna. Cuando yo ya no exista, seguirás mirando de perfil, desde tus ojos negros de graffiti, las grúas salvajes, las gaviotas que gritan, los muros carcomidos por el musgo feroz y el desamparo en esta zona desamparada de la ciudad. Oirás a tu lado la letanía de la lluvia, gota a gota, contra la caja metálica de los radiadores. Verás cómo la hierba extiende su lengua por el asfalto entre la suciedad, a duras penas, y te habla de prados y colinas lejanas de la que fue tu ciudad, Delft, en la industriosa Holanda, donde Johannes Vermeer te recogió en la cadencia quieta, eléctrica, de una luz sin dueño. Aquí estarás siempre mirando a quien lleve en el corazón la nobleza y la aventura, a unas cuantas yardas del cauce delicado del río Avon, que en el lodo busca la claridad. Y yo, que tan solo soy palabras y excepciones, traicionado por quien más quería, seré el hombre que un día, vestido con una sudadera esmeralda, vino a besarte las manos y a pedirte perdón. Seré quien te pidió perdón. Seré quien intentó leer las inscripciones que denunciaban el maltrato de la naturaleza, la corrupción lastimosa del dinero. Seré quien se preguntaba de qué nos

había de proteger o de qué avisarnos tan solícita la alarma que te hacía de pendiente y que tan espiritual, tan oportunamente destrozaba tus tímpanos, la paz única del mundo.

(De *Defensa de las excepciones*, 2018).

Línea de costa

La diferente longitud del verso
y el lugar al que llega
cada vez que intentamos decir algo
esculpen una línea de costa imaginaria
en el poema. Ese
es el límite entre los mundos.
El litoral del tiempo y el lenguaje.
La erosión, la marea, las urbanizaciones
trazan un recorrido eléctrico
y una frontera sur,
un borde incandescente entre tú y el océano.
Algunos versos caen al poema
a plomo,
como caen los acantilados.
Otros versos extienden
sus blancas arenas con total docilidad,
hasta dejar de ser.
Se abre una bahía

en torno al verbo *resistir*.

Reconozco palabras que son puertos.

Las breves depresiones,

los accidentes,

las calas

ecualizan el canto. Vibra

sobre el papel el pulso

del viejo electrocardiograma lírico.

El corazón explota a diferentes

profundidades.

Si calla el horizonte, hay que callar.

No sé bien cómo, pero

voy a elegir contigo

una ensenada en esta costa,

un lugar que aún no haya sido invadido

por las excavadoras,

donde podamos estar solos

y bañarnos desnudos

y, en mitad de la noche, encender una hoguera

que arruine todos los satélites.

(De *Defensa de las excepciones*, 2018).